

El padre Hubert Lanssiers tuvo la gentileza de enviarnos –aunque después de la fecha de cierre– un breve ensayo sobre el Perú de hoy que le pedimos. No hay necesidad de explicar por qué le hicimos su lugar en este número.

## Homo Homini Lupus

Hubert Lanssiers



**E**n el universo carcelario llegó la primavera. En Europa y el Medio Oriente, para los pájaros es la estación de los grandes viajes; aquí son los detenidos los que emigran sin razón aparente por el misterioso magnetismo que emana del Inpe.

Pequeñas y grandes caravanas de presos surcan el territorio nacional para hacer turismo penitenciario. El lunes 9, diecisiete internos apacibles y trabajadores fueron arrancados de su catre, algunos en paños menores, y enviados como paquetes a Yanamayo. Casi nadie protesta quizá por cansancio, porque no existe interlocutor válido o simplemente porque el fervor por la defensa de los derechos humanos sufre de anemia aguda.

Algunos opinan –es tan fácil opinar– que la batalla ha sido ganada y que el combate terminó a falta de combatientes. Es la operación "opio" que permite la resurgencia insidiosa, discreta, encubierta de procedimientos de terror erigidos en sistema que se dieron antes a plena luz del día y que fueron denunciados y combati-

dos. Actualmente nadie dice nada, y sabemos muy bien que un hecho no divulgado ni publicado sencillamente no existe.

Estamos en "democracia", y sus banderas cubren todos los pecados como antes las de Sendero.

Requisitorias abusivas que se dieron diez años atrás son reactivadas súbitamente cuando la pobre víctima había logrado enterrar el infausto recuerdo en el rincón más oscuro de su memoria. Hace unas semanas dos campesinos de los alrededores de Cañete fueron notificados para presentarse a la Policía, lo que hicieron. Habían sido detenidos con toda la gente de su aldea en 1993 y absueltos. Fueron enmarcados sin explicaciones y llevados a Lima, donde fueron liberados en la

noche y botados a la calle en ayunas. Tenían tres soles en el bolsillo para regresar a su pueblo. Para aquellos que no la tienen que soportar, esta anécdota no es una tragedia cósmica; es apenas un accidente, un incidente, un acontecimiento pintoresco que provoca una sonrisa distraída. El hecho, desgraciadamente no aislado ni folclórico, es obsceno.

Es obsceno porque es una falta de respeto para con el pueblo, una arbitrariedad que no es controlada ni castigada, una ausencia escandalosa de conciencia profesional y el síntoma de un mal profundo que desgarrar el hígado del país.

Hay acontecimientos fabulosamente triviales que otorgan a nuestra existencia un cierto estilo o la transforman en mamarracho. Estoy persuadido de que constituyen un sistema que determina nuestra manera de vivir con o sin una cierta dignidad.

Estamos acondicionados desde la tierna infancia. Hasta en los colegios autocalificados de "distinguidos" los alumnos organizan *razzias* a los quioscos, regresan con su forraje y botan los restos en el patio.

Las madres de familia que guían a sus retoños hacen lo mismo. Es enternecedor. Estos hechos tienen relevancia en sí porque me atrevo a suponer que ningún ser humano tiene la propensión irresistible de retozar permanentemente en la basura, pero lo que me interesa en realidad es la motivación inconsciente o semiconsciente que me impulsa a actuar con esta aparente insolencia. Me pregunto si no tendremos la tendencia a cometer un asesinato psicológico, es decir, a negar en la práctica la existencia del otro, de sus derechos y de su bienestar. Empieza aquí un proceso de despersonalización de la gente ajena que termina por ser borrada de nuestra mente, desposeída de toda consistencia real y, luego, de toda importancia.

He encabezado mi índice de males con un hecho tan silvestre que nunca engendrará una de estas tesis fabulosas que hacen bailar las neuronas de la humanidad. Desgraciadamente, lo que empieza mal termina peor: hay en nuestra vida una consistencia, una coherencia que relaciona nuestras conductas habituales para provocar una mutación de

nuestra personalidad a veces por lo peor. La desidia amorfa, la negligencia, la indiferencia en un cierto sector de nuestras actividades terminan por adormecer nuestro poder de autocritica y de reacción, y esta anemia mental permite el crecimiento de bacterias mortíferas. Estoy persuadido de que si los padres hubieran enseñado a sus hijos a no ensuciar la calle porque las personas se merecían el mismo respeto que ellos reclamaban para sí mismos, no tendríamos estos regimientos de choferes de micro con su rictus de gladiadores, mirada de destripador, barba de tres días, bividís grasientos y eructos de babuinos, los gloriosos rinocerontes del asfalto, dispuestos a aplanar a cualquier pobre diablo que no tenga entrenamiento olímpico.

Una vez dado el impulso inicial se podría llegar al movimiento perpetuo: una minúscula célula puede producir metástasis fulminantes. ¿Existe una diferencia *cualitativa* —y subrayo este adjetivo— entre el hecho de ensuciar el espacio público y la violencia brutal? El engaño, la trafa, la criollada, "el que puede puede", una economía al servicio exclusivo de los accionistas, políticos que se burlan del pueblo utilizando la palabra democracia como si fuera crema Nivea o un shampoo milagroso, institu-

**El respeto por el hombre, expresado no por medio de las palabras sino de conductas coherentes, funda una civilización.**

ciones que viven en círculo cerrado y no al servicio de las personas por las cuales fueron creadas. Esto es perfectamente normal: crea una norma. Cuando no se ha instalado desde el principio, en los chicos, que todo lo que hacían producía inevitablemente consecuencias en la edificación de una sociedad en la cual tendrán que vivir, no se sentirán responsables de nada ni ahora ni más tarde, cuando serán Tiranosaurus Rex o Velocirraptores adultos. El respeto por el hombre, expresado no por medio de las palabras sino de conductas coherentes, funda una civilización. Si los hombres se convencen de esto encontrarán los medios para crear las instituciones que realizarán sus aspiraciones; de no ser así, nuestras relaciones estarán marcadas por la fuerza, la astucia o el salvajismo. Fuerza y astucia, frutos de un entendimiento tácito entre partes.

El domingo pasado el microbús en el que viajaba fue parado dos veces en quince minutos por un policía en motocicleta que cobró diez soles al chofer y por una chica también en motocicleta que cobró cinco soles; y se dice que las mujeres no cobran, murmuraba la gente... No se perdió tiempo, no hubo discusiones académicas; parece que existe una especie de protocolo con reglas esotéricas ignoradas por el vulgo que establecen la



tarifa de la *coima*: 10, 5, 100 en la carretera y algunos millones de "dólares" en ambientes más elegantes.

Cuando se ha perdido la noción del valor del individuo, este se vuelve insignificante, sin importancia. Despersonificar a una persona no es una expresión feliz en términos literarios, pero pinta bien la realidad; una persona puede ser reducida a un instrumento, a la materia prima de un ejercicio de dominación y de poder, de aplicación de un reglamento existente o inventado.

Hace poco vi una película que se llamaba *Cambio de favores*: un maestro de escuela pide a los chicos de su clase presentar un proyecto para mejorar el mundo. Uno de los chicos dibuja un círculo en la pizarra con tres flechas que se dirigen hacia otros tres círculos: se

trata de hacer favores a tres personas diferentes, quienes a su vez harán lo mismo. La fórmula funciona bien y termina mal, porque este mundo dista mucho de ser perfecto, pero esta parábola bien vale la publicidad que nos proyecta en la cara cierta universalidad de la capital: dos perros en una pelea salvaje, una leona que persigue a grandes zancadas a una pobre cebra con la inscripción "Te preparamos para atrapar la mejor oferta". *Homo Homini Lupus*. Al ver la foto de estos hermosos animalitos, una especie de *flash* iluminó mi memoria: era el recuerdo de la reflexión de Toynbee que escribía que las oportunidades de supervivencia de la humanidad eran infinitamente mayores cuando éramos indefensos contra los tigres que ahora que estamos indefensos ante nosotros mismos. ▲